

COMEDIA NUEVA

37

PARA CASAS PARTICULARES,

Y FACIL DE EXECUTARSE POR NO TENER MAS QUE CINCO PERSONAS,

INTITULADA

EN VANO ES QUERER VENGANZAS,
QUANDO AMOR PASIONES VENCE.

SU AUTOR

DON ANTONIO FURMENTO.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Don Felix de Toledo.

Doña Leonor.

Doña Isabel.

Celio criado.

Don Juan.

JORNADA PRIMERA.

Sale Don Felix y Celio.

Cel. ¿Qué tienes, señor, que estás
con tanto desasosiego,
que velando noche, y día,
no pagas tributo al sueño?
¿Tambien te estás sin comer,
siendo tu ordinario almuerzo
los ayes, y los suspiros,
como si fuera tu intento
conmutarte en camaleon,
y alimentarte del viento?
¿Dí si, acaso fatigado
de vivir, quieres con esto
pasar de este mundo al otro,
sin que pagues los derechos
á Botica, y Cirujanos,
á Practicantes, y Médicos,

que son infaliblemente
de la muerte alcabaleros?

Fel. No sé, Cielos, cómo vivo
quando mis penas contemplo,
que son tales, que debieran
acabar con mis alientos.

Cel. Búrlate de todas ellas,
y no quieras ser tan necio,
que te mueras de pesar,
que es Herodes de discretos,
mayormente quando sabes
que ya se pasó aquel tiempo
en que el puntillo mandaba:
ya no es tan etiquetero
el honor, hoy solo campa
el interes, y el provecho:
no hay mas honra, que el lucir,

ni mas punto, que el dinero.
Fel. Calla, Celio, no prosigas,
 que comunicar deseo
 mi dolor, para aliviarle:
 dí á Leonor, que aquí la espero.

Cel. ¿Adónde estará?

Fel. En su quarto.

Cel. Voy á obedecerte luego.

Fel. ¿Preveniste los caballos?

Cel. Ya, señor, estan dispuestos.

Fel. Ve á llamarla.

Cel. ¿Es despedida?

Fel. Nada me preguntes, Celio.

Cel. Eso será si pudiese.

Fel. Vuelve con ella al momento.

La causa de mis pesares
 hoy desarraygar pretendo,
 aniquilando su origen
 con la venganza que intento.

Sale Leonor y Celio.

Leon. Felix, de Celio avisada,
 solicita á saber vengo,
 si para aliviar tus penas
 acaso soy de provecho.

Cel. Apuesto que aquí hay romance
 de dos horas por lo ménos.

Fel. Ya sabes, Leonor querida,
 con quán iguales afectos
 nos amamos como hermanos,
 como amantes nos queremos,
 de manera, que al mirarnos,
 siempre unidos, nunca opuestos,
 dicen en nuestra alabanza
 somos una alma en dos cuerpos:
 harta desdicha del siglo,
 hermana, que poseemos,
 que la union aun entre hermanos
 ya se tiene por portentoso:
 siendo, pues, tanta la nuestra,
 hoy, que ausentarme resuelvo
 de este pueblo, creeria
 agraviar á nuestro afecto,
 si emprendiera mi viage
 sin informarte primero
 de las causas que he tenido,
 mi Leonor, para emprenderlo.

Leon. Atenta, Felix, te escucho,

á pesar del sentimiento
 que me ha de costar tu ausencia.

Fel. Pues de esta manera empiezo.

Cel. Dios nos la depare buena.

Fel. Don Alvaro de Toledo,
 nuestro padre, que ya goza
 en mejor vida otro Reyno,
 allá en la edad, en que siempre
 en los juveniles pechos
 Amor se introduce rayo,
 para ser del alma incendio,
 con Elvira nuestra madre
 contraxo su casamiento,
 siendo medianero Amor.
 Para que fuese completo
 el gozo de ambos, dispuso
 benigno, y piadoso el Cielo,
 que á el primer año lograsen
 ver en dos infantes tiernos,
 nacidos de un solo parto,
 asegurando el rezelo
 de falta de sucesores
 en la Casa de Toledo.

Querer aquí encarecer
 el regocijo, y contento,
 que tuviéron nuestros padres,
 por imposible lo dexo,
 y tambien porque despues
 del mismo placer nacióron
 los pesares, que á los dos
 quitáron el noble aliento.
 ¡O quántas veces, ó quántas
 el hombre se engaña necio,
 aplaudiendo lo que ignora,
 si es su castigo, ó su premio!
 Alonso, y Juan se llamáron
 los dos hijos que refiero,
 y estos son los que han causado
 las penas, que padecemos;
 pues luego que ambos pasáron
 la niñez, cuyo gracejo
 conmueve á tiernos cariños
 aun á los genios mas serios,
 empezáron á mostrar
 el natural mas violento,
 mas altivo, mas tirano,
 mas irreducible, y fiero,
 sin quererse sujetar,

Vase.

Ap.

ni á la fuerza del consejo,
ni al rezelo del castigo,
ni aun al paternal respeto,
dando en esto á conocer,
que sin milagro del Cielo,
una mala inclinacion
tiene muy poco remedio.
Ya en la varonil edad,
sus continuos desaciertos,
siendo llanto de mis padres,
eran del pueblo tropiezos.
No sé cómo al referirlo
de puro dolor no muero,
que quien no siente en su sangre
las manchas de indignos hechos,
ó no es hombre, y si lo es,
es hombre sin sentimiento.
En fin, Leonor, bien te acuerdas,
que despues de muchos yerros,
y de acciones muy impropias
de la sangre de Toledo,
dispusieron no advertidos
dexar entrambos el Reyno,
ausentándose á otro extraño,
sin que para detenerlos
encontrase nuestro padre
medio, razon, ni argumento,
á cuyo pesar rendido
pagó anticipado feudo
á la muerte, y á pocos dias
le fué mi madre siguiendo.
Viéndose en mas libertad
por este acaso funesto,
el camino de Castilla
los dos, hermana, emprendieron,
y en uno de sus Lugares,
cuyo nombre no refiero
por no ser aquí del caso,
hacer alto dispusieron
unos dias, por gozar
de sus campos lo halagüeño.
En este Lugar, Leonor,
una dama hermosa viéron,
que era esposa de un Hidalgo
de lo principal del pueblo.
Ciegos al ver su belleza,
sin que les sirva de freno
el estado de casada,

ni del marido el respeto,
para lograr su hermosura
andaban buscando medios
de comun acuerdo entrambos:
que quando amor es grosero,
y torpe, poco se para
en competencias, y zelos.
Dígalò, pues, una tarde,
que á las Heras (que es paseo
usado de los Lugares)
salió para su recreo
esta dama con su esposo,
en que los dos en acecho,
para lograr la ocasion
de sus infames deseos,
cautelosamente aleves
le saliéron al encuentro,
y dando al infeliz muerte,
bárbaros, crueles, fieros,
intentáron, que la dama
fuese usurpado trofeo
de su mal nacido amor,
y de sus torpes deseos,
pretendiendo construir
sobre el carmin, que vertieron,
lecho para su apetito,
tumba al honor de su dueño;
pero el Cielo cuidadoso,
tan grande arrojò sintiendo,
y mirando la inocencia
de la dama en tanto riesgo,
infundió valor tan grande
en su dolorido pecho,
que pudo guardar valiente
de su honor el sacro templo
hasta tanto que á sus voces
acudieron los del pueblo.
(que á honor que grita, no es fácil
falte oportuno remedio)
Temerosos mis hermanos,
pidieron alas al viento:
que no hay mayor cobardía,
ni causa que dé mas miedo,
que un delito cometido,
quando se ve descubierto.
Siguiéronlos vengativos
los que á sus voces viniéron,
pero en vano; mas la dama

mirando á su esposo muerto,
 trocado el furor en llanto,
 y en iras el sentimiento,
 se restituyó á su casa,
 seguida de un Caballero,
 que de su difunto esposo
 era aun mas que amigo, deudo.
 En ella juraron ambos
 de no dexar el acero
 de la mano, hasta vengar
 este homicidio sangriento,
 no solo en los agresores,
 sino tambien en los deudos,
 y parientes, que tuviesen
 igual sangre, concluyendo
 el trato con afirmar
 (¡qué bárbaro desacierto!)
 que hasta que extingan la nuestra
 no han de abandonar su intento.
 Con esto la hermosa dama,
 con valor, y con aliento,
 despreciando los retiros
 de viudedad, y de duelo,
 dexó los blandos adornos
 competentes á su sexô,
 vistiendo, en vez de damascos,
 pesadas ropas de acero.
 Tomó un ligero caballo,
 y seguida de aquel deudo,
 dió principio á la jornada,
 para cumplir lo resuelto.
 Corrieron varios caminos,
 viéron lugares diversos
 en busca de mis hermanos:
 pasáronse algunos tiempos
 sin hallarlos, hasta tanto
 que determinado el Cielo
 á castigar sus delitos,
 dispuso (¡caso funesto!)
 que en una pequeña Aldea
 los hallasen. (¡dolor fiero!)
 Apenas supo la dama
 tan apetecido encuentro,
 quando enojada, y sangrienta,
 su venganza previniendo,
 con ardid, y con cautela
 hizo sepulcro sus pechos,
 en que enterró sus ofensas.

con la hazada de su acero.
 ¿Pensarás, Leonor, aquí,
 que no obstante el juramento
 de acabar nuestra familia,
 quedarian satisfechos
 sus enojos, ahogándose
 en la sangre que vertieron?
 Pues no, Leonor, no lo pienses,
 que esta muger, excediendo
 á las fieras mas sangrientas,
 quiere con bárbaro empeño
 aun mas allá de la muerte
 llevar sus crueles deseos,
 extendiendo, como dixe,
 de su venganza el veneno
 á quantas vidas alientan
 con la sangre de Toledo,
 con tanta publicidad,
 tan sin rezelo, y sin miedo,
 como enviarme á mi casa
 con un triste mensagero
 esta noticia, diciéndome,
 (¡á quien no admira su aliento!)
 que todos nos prevengamos
 á morir, porque su esfuerzo
 marcha ya contra nosotros,
 para darnos fin funesto.
 De sus intentos no dudo,
 hermana, si, considero,
 que una muger enojada
 aventaja con exceso
 á la cólera del rayo,
 á la execucion del trueno,
 á la crueldad del oso,
 á la del leon soberbio.
 En fin, querida Leonor,
 esta muger (caso es cierto)
 para acabar con nosotros
 se encamina al lugar nuestro:
 para evitar este daño
 salirla á buscar resuelvo,
 no para matarla, hermana,
 que fuera indecente duelo
 valirme contra una dama
 del limpio y templado acero,
 sino para buscar modo
 de desvanecer su intento,
 ó bien valido del arte,

ó bien valido del ruego:
que aunque ofendido me miro
en las dos muertes que ha hecho
en mis hermanos, no juzgo
que vengarme en ella debo,
pues han sido con motivo
de no poco fundamento,
como el vengar á su esposo,
y volver por su honor mesmo.
Esto es en quanto á la dama;
pero en quanto al caballero,
que sin tener igual causa,
sin tener igual derecho,
solo por deudo, ó galan,
apadrina sus intentos,
debo tomar la venganza
brazo á brazo, y cuerpo á cuerpo:
pues dexando aparte, que
ha hecho suyo este duelo
de Isabel, que así se llama
la dama que te refiero,
viene á buscarme con ella,
y fuera mal visto, creo,
sabiendo que á mí me busca,
no salirle yo al encuentro,
mayormente quando así
se redime nuestro riesgo:
que estando Doña Isabel
sin su lado, considero
lograré mas fácilmente,
que se aparte de este intento,
que se temple su rencor,
que se minore su ceño,
aunque apueste en lo irritada
la voracidad de fuego,
al ímpetu de las aguas
en su carrera, ó despeño;
pues el primero se extingue,
si se le aparta el fomento,
y ellas amainan tambien,
si del rio se ven léjos.
Yo voy, Leonor, á marchar
acompañado de Celio,
que para el intento mio
me basta por compañero:
tú te quedarás, hermana,
á nuestra casa asistiendo
miéntras que duré mi ausencia,

y hasta tanto que los Cielos
me vuelvan á vista tuya,
donde vivas con sosiego
libre de Doña Isabel,
yo vengado, y satisfecho.
Leon. Atenta he estado escuchando,
hermano, todo tu intento,
pero hallo en ejecutarlo
para tí evidente riesgo.

Fel. ¿De qué manera? *Leon.* ¿No dices,
que estás, Don Felix, resuelto,
si á Doña Isabel encuentras,
á no empuñar el acero
contra ella? *Fel.* Es cierto.

Leon. Isabel
¿no viene con grande esfuerzo
para quitarte la vida?
que lo logre ten por cierto,
si no la matas; y así,
por mas acertado tengo
el ir en tu compañía:
que siendo contrarios nuestros
con una muger, un hombre,
un hombre y muger serémos
en la venganza empeñados,
y así salvamos el duelo.

Fel. No, Leonor, de ningún modo
que vengas conmigo quiero,
que seria muy mal visto,
que antepusiera á mi riesgo
el tuyo, sin otros graves
inconvenientes, que advierto:
en tu casa recogida
estarás miéntras que vuelvo.

Quédate con Dios, Leonor. *Vase.*

Leon. Con bien te vuelvan los Cielos.

Cel. Usted no tenga cuidado,
que muy presto volverémos,
si no fuese en los caballos,
en relaciones de ciegos.
¿Quiere usted que yo me quede
acompañarla? *Leon.* Es yerro,
pues es forzoso que sigas
á tu amo. *Cel.* Voy á hacerlo. *Vase.*

Leon. Pues ya se ausentó mi hermano,
para asegurar mis riesgos,
y vengar nuestros agravios
consultar conmigo quiero,

qué he de hacer: quedarme yo,
 conforme él lo ha dispuesto,
 en casa, quando hay muger
 que desmintiendo su sexô,
 intenta darnos la muerte,
 no viene bien á mi aliento;
 y así pretendo yo sola
 buscarla, y hacer lo mesmo.
 Ea, valor, á conseguir
 esta empresa, y quiera el Cielo,
 que encuentre yo á mi contraria,
 para avasallar su esfuerzo,
 ántes que mi hermano Felix
 se halle empeñado en el riesgo. *Vase.*
Sale Doña Isabel de camino, y Don

Juan armados.

Juan. Aquí, hermosa Isabel,
 en esta amena campaña
 puedes de tantas fatigas
 hacer una breve pausa:
 que aunque tu brio gentil,
 tu valor, y tu constancia
 te publiquen Amazona,
 ó Diosa de las Batallas,
 es preciso que el cansancio
 de tan continuas jornadas
 postre la delicadeza
 de tu beldad celebrada.
 Descansa, Isabel hermosa,
 suspende un rato las armas,
 sé un breve instante Venus,
 ya que siempre fuiste Palas:
 oye los tiernos suspiros
 de quien fino te idolatra.

Isab. Mi justo enojo, Don Juan,
 que solo intenta venganzas,
 no me permite que admita
 el descanso, que á mis plantas
 ofrece en verdes lisonjas
 esta hermosa, y verde estancia;
 y en quanto á que oiga tu amor,
 Don Juan, en vano te cansas,
 quando sabes, que mi esposo,
 muerto por traicion infausta,
 vive aun en mi memoria
 á pesar de la cruel parca.

Juan. ¿Su muerte ya no vengaste,
 valiente, altiva, y bizarra?

Isab. Sí, Don Juan, pues se la di
 con valerosa asechanza
 á los crueles traidores,
 que causaron mi desgracia.

Juan. ¿No sería mejor, dime,
 ya que te miras vengada,
 que volvieras al descanso,
 y á la quietud de tu casa?

Isab. ¿Habia de volver yo,
 (¡qué proposicion tan vanal!)
 quando sabes mis intentos,
 á mi lugar ó á mi casa,
 sin acabar de verter
 la sangre aleve, y villana,
 que en Don Felix, y Leonor,
 hermanos de quien me agravia,
 á pesar de mi rencor,
 aun sus viles venas baña?
 Pues ¿cómo si esto no ignoras,
 pretendes hacer instancia
 de que lo tratado dexé,
 y á mi retiro me vaya?

Juan. Muertos ya los agresores
 que de tu mal fueron causa,
 perseguir á sus hermanos
 parece accion temeraria.

Isab. Que lo sea, ó no, Don Juan,
 á tí no toca juzgarla;
 y así, para libertarme
 de argumentos, que me cansan,
 y del peligro que tengo
 miéntras que tú me acompañas,
 que la Justicia me siga,
 y me conozca, pues se halla
 informada de las muertes
 que ha executado mi espada
 en los dos viles traidores,
 que con cruel, y torpe saña
 quisieron, muerto mi esposo,
 violar de mi honor la fama;
 para mejor encubrirme,
 yo desde aquí, disfrazada,
 y sola, he de proseguir
 la venganza comenzada;
 y así, Don Juan, puedes irte
 por esta senda á tu casa,
 miéntras que yo por esotra
 dirijo mis nobles plantas:

que para resguardo mio
mi propio aliento me basta,

Juan. Detente, Isabel hermosa,
advierde, mira, y repara,
que una cosa es argüirte,
y otra el permitir que vayas
sin que te asista mi amor,
mi brazo, vida, y espada,
en ese empeño, ú en otro,
ya que te miro arrestada.
Para hacer esto, Isabel,
la palabra que dí basta:
mira qué haré si se añade
á esto la amorosa llama,
que obliga á mi corazon
á ser ciega salamandra
de tu hermosura perfecta,
de tu beldad delicada.

Isab. No, Don Juan, no me conviene
que en mi compañía vayas;
sola he de ir desde aquí,
en eso estoy empeñada;
y si piensas resistirme,
cree, que esto será causa
para que en toda tu vida
me veas desenojada;
y porque sepas, Don Juan,
que mi valor no se aparta
de valerme de tí, quando
necesite de tu espada,
en pasando algunos dias
en esta Villa cercana
puedes buscarme, que allí
consultarémos las trazas
(si no la hubiese logrado)
de conseguir mi venganza.

Juan. Aunque resiste mi amor
la ausencia de lo que ama,
á obedecer tus preceptos
me precisa tu amenaza;
veré si con la obediencia
consigo mirarte grata:
donde me mandas iré
con la vida, y con el alma.

Isab. Id con Dios.

Juan. El Cielo os guarde.

Isab. ¡Qué porfia tan cansada!
solo por librarme de ella

le mandé que me dexara;
y pues ya me miro exênta
de las molestas instancias
de su amor, seguiré sola
el rumbo de mi venganza,
y miêntas que la consigo,
en esa Villa cercana,
que desde aquí se divisa,
harán mis fatigas pausas,
que lo largo del camino
me trae rendida, y cansada.

Vase.

Felix, y Celio.

Cel. Aquí podemos, Señor,
tomar un breve descanso,
que los caballos estan
rendidos, y fatigados.

Fel. ¿Los ataste?

Cel. Sí Señor,
aunque era bien excusado;
segun vienen de molidos,
no se moverán ni un paso.

Fel. Pues miêntas toman aliento,
aquí podemos sentarnos:
siéntate, Celio, tambien,
que esta licencia en el campo
te es permitida.

Cel. Lo haré,
pues vengo hecho pedazos,
que el palafren es troton,
y tiene un paso del diablo;
pero permite, Señor,
ya que solos nos hallamos,
te pregunte mi ignorancia,
¿para qué, y adónde vamos?

Fel. De lo que dixe á mi hermana
tan presto te has olvidado?

Cel. No señor; pero yo veo,
que el encontrar vá muy largo
á esa dama, y ese galan;
y si llegas á lograrlo,
un bravo dia le espera
al uno de tus contrarios.

Fel. ¿A cuál de ellos?

Cel. A la dama:
pues puede ser que postrado,
y vencido te precise
á ser su mísero esclavo.

Fel. ¿Tanto poder es el suyo,

Vase.

quando su ser es fundado
en débil naturaleza,
falta de valor, y brazo?

Cel. Con ser muger solamente
para rendirte tiene harto,
pues en solo una muger
se juntan dos mil contrarios.

Fel. Dílos, pues.

Cel. Atiende un poco,
te divertirás un rato
el corto tiempo, que aquí
quieres que estemos sentados;
presuponiendo primero,
que la dama de que hablamos
sea hermosa, que si es fea,
no hay nada de lo tratado.
El primero que se cuenta,
que á la muger le da amparo,
para que poyente á los hombres,
es Cupido el Dios vendado,
que en sus trenzas, y sus cejas
labra sus cuerdas, y arcos.

Fel. Si así son los enemigos,
muy bien podrémos librarnos.

Cel. No tambien, que son sutiles
estas armas del contrario.

Fel. Si ese contrario que dices
está sin vista, ó vendado,
mal podrá á mi corazon
hacer un tiro acertado.

Cel. Ay señor, que quando quiere,
abre los ojos de á palmo.
Son el segundo enemigo
sus ojitos, que en mirándolos
el hombre, sin resistencia
queda luego aprisionado,
y éstas son armas de fuego
de muy difícil reparo.

Fel. ¿Es acaso basilisco
la muger? con no mirarlos
de este riesgo me aseguro.

Cel. Ese Señor, es el caso:
¿quién vió unos buenos ojos,
que vuelva la vista á un lado?
su natural atractivo,
su afable trato, su garbo,
su discrecion, (si la tiene)
son, Señor, tantos contrarios

del hombre, que dificulto,
que muchos se hayan librado
desde el tiempo que por ellas
tragó Adán aquel bocado,
que aun está en nuestro garguero
haciéndonos embarazo.

Fel. De todos los que me has dicho,
uno tan solo declaro
que puede ser poderoso.

Cel. Dí cuál es, que ya lo aguardo.

Fel. La discrecion puede ser
el mas superior contrario
del hombre, porque sin duda
el entendimiento claro
con su razon siempre vence
á los hombres mas versados;
(que no es fácil á los necios)
y así solamente hallo,
que su entendimiento puede
servirme á mí de contrario;
y puesto que ya hace tiempo
que se ha estado descansando,
á caminar vamos, Celio,
sígueme, que allí te aguardo.

Cel. Allá voy: plegue á Dios,
que de este viage salgamos.

Vanse, y sale Leonor.

Leon. Aquí, donde me convida
lo llano de aquesta selva
al descanso, solicito
aliviar algo mis penas,
y el cansancio, que ocasionan
del camino las molestias:
yo marchó, sin saber dónde,
en busca de aquella fiera,
que cruel pretende acabar
con toda mi parentela.
El cuidado de encontrarla,
no solo me trae inquieta,
sino tambien el peligro,
la ocasion, y contingencia
de que me encuentre mi hermano,
pues quando en casa me dexa,
si ve que no le obedezco,
me ha de dar muerte sangrienta,
por el indecente arrojo,
que una muger de mis prendas
comete en andar caminos

sin decoro, y sin decencia:

¡qué de errores ocasiona
una resolucion ciega,
una pasion de venganza,
que tanto en nosotras reyna!
Pienso que mejor será
dar á mi casa la vuelta,
que con esto mi peligro
se restaura, ó se remedia.
Esto ha de ser: por aquí
pienso tomar la vereda;
¡pero qué veo! ¡mi hermano!
estatua quedé de piedra.

Sale Felix y Celio.

Fel. Allí el Lugar se descubre:
ven, Celio, por esta senda;
¡péro qué miro! ¿Leonor
no es ésta, Celio?

Leon. ¡Qué pena!

Cel. Que lo es no hay duda alguna,
ó alguna dueña por ella.

Leon. Ya me ha visto: ¡muerta soy!
procure huir su inclemencia.

Fel. En vano, Leonor, pretendes
librarte de mí: dí, fiera,
¿cómo contra tu decoro,
tu casa, y retiro dexas,
vagando por estos montes,
corriendo por estas selvas?
¿Qué dirá, alevé, de tí
el mundo, quando sepa,
que una muger sola, y moza,
por caminos, y veredas
así desprecia su honor,
así expone su nobleza?
No quise traerte conmigo,
mirando por tu decencia,
¿y al punto que yo me ausento,
de este modo la atropellas?
pero pues ya te he encontrado,
aquí pagarás la ofensa:
muere.

Cel. Detente, señor.

Leon. ¡Ay de mí!, ¿no hay quien defienda
mi vida?

Cel. Huye, señora.

Fel. Mal podrá.

Sale Don Juan.

Juan. No hay quien defienda
mi vida, dixo una voz
de muger; ¿pues á qué espera
mi brio? *Leon.* Vos, caballero,
ya que os conduce mi estrella
á este puesto, detened
á ese que ofendido intenta
matarme, miéntras que huyendo
por valles, montes, y sierras
aseguro mis temores
de la merecida pena,
á que ha podido exponerme
una resolucion ciega.

Juan. Restaurad, hermosa dama,
el aliento, estando cierta,
que á no matarme primero,
no os hará ninguno ofensa. *Riñen.*

Fel. Vano será vuestro empeño.

Leon. La fuga me favorezca. *Vase.*

Cel. La Leonor ha levantado
una muy bonita gerga:
si no fuera yo gallina,
brava ocasion era ésta
para ayudarle á mi amo;
pero seria indecencia
dos espadas contra un hombre:
pues la mia se esté quieta.

Fel. ¡Que de matarte no acabel
no ví mayor resistencia.

Juan. Mal sabes el valor mio.

Fel. Sin duda tienes nobleza.

Pues me embaraza este acaso,
sigue tú, Celio, á esa fiera.

Cel. Eso haré de buena gana,
para hacer que no parezca. *Vase.*

Juan. Impedirálo mi brio.

Fel. ¿Cómo, sin que á mí me vengas?

Juan. Volviéndote las espaldas,
tambien siguiéndola á ella,
y de esta manera cumplo,
como ofrecí, su defensa;
pues siendo vosotros dos,
de quienes guardarla es fuerza,
si la buscaís divididos,
mal puedo de otra manera. *Vase.*
Fel. Sabréte tambien seguir
para matarme con ella:

espera, traidor, cobarde;
no huyas, hermana fiera. *Vase.*

JORNADA SEGUNDA.

Sale Felix apresurado con la espada desnuda.

Fel. Ahógueme mi misma pena
al ver soy tan desdichado,
que aunque el monte penetré
por asperezas, y llanos,
no he podido tropezar
al que ha impedido, ú estorbado
vengar en mi hermana aleve
el injusto desacato:
ni á él, ni á ella, ni á Celio
ha encontrado mi cuidado:
volveré á correr el monte,
las selvas, el risco, el prado,
hasta lograr mi venganza,
dándoles la muerte á entrambos.

Vase, y sale Doña Isabel de hombre.

Isab. Toda Castilla he corrido
en busca de mis contrarios,
sin hallar noticia alguna
de la senda que han tomado,
después que de su Lugar,
temiéndome, se ausentaron.
¿Quándo podré, Santos Cielos,
lograr el fin deseado
de concluir mi venganza
en estos crueles villanos,
bebiéndoles la vil sangre?
que no ménos inhumano
sacrificio está pidiendo
mi querido esposo amado,
muerto por la vil traición
de sus alevos hermanos.
Mi honor me pide lo mismo,
no obstante que no lograron
obscurcerle, pues basta
saber que lo han intentado,
por cuyas causas pretendo,
aun á pesar del cansancio
de tan dilatadas marchas,
no dexar monte, ó poblado,
que no exámine mi aliento

hasta matarlos á entrambos.
Para asegurar mejor
de mis intentos el blanco,
dexé el traje mugeril,
por éste de hombre, pues hallo,
que en un camino mi honor
está mas bien resguardado
de esta manera, y tambien
con él desmiento el cuidado
de la Justicia, que astuta
va mi persona buscando,
por las muertes que les dí
á Alonso, y Juan, mis contrarios.

En esta verde maleza
pienso dar treguas un rato
á mis penas, mientras Febo
declina un poco sus rayos,
pues me convida la sombra
de tantos frondosos ramos,
que verdes nubes del Sol
forman zelages opacos,
para que puedan pacer
de su carro los caballos.
Aquí una fuente halagüena,
de Peña en Peña saltando,
convida á beber las flores,
que con sediento desmayo
se quejan de los rigores
del caloroso verano.
Las parleras avecillas
aquí con su dulce canto
forman nueva melodía,
gozando el Fabonio grato,
que entre las hojas, y flores
está el compas señalando.
Pero ¡ay de mí! que tambien
advierdo entre gozo tanto
una alegre tortolilla,
que á su esposo requebrando,
está avivando en mi pecho
el dolor, con que me hallo
por su desgraciada muerte,
motivo de mis quebrantos.

Aquí:::

Dent. Muera, pues intenta
defenderse temerario.

Isab. ¿Qué rumor es éste, Cielos?

Fel. dent. Haréos dos mil pedazos.

Isab.

Isab. Segun puedo divisar,
de este monte en lo intrincado
un Caballero valiente,
con noble desembarazo,
de tres (sin duda ladrones)
se está defendiendo bravo.
No cumpliera con el brio,
con mi honor, ni con mi garbo,
si en tan evidente riesgo
no me pusiera á su lado,
mayormente quando el trage
infunde valor al brazo. *Entrase.*

Felix dentro, y luego salen.

Fel. Los Cielos, sin duda alguna,
os envian á mi amparo.

Dent. Mueran los traidores.

Isab. Mueran.

Dent. voces. El lance ya malogrado,
á la fuga nos precisa;
al bosque, amigos, volvamos.

Salen.

Isab. Pues huyen ya, caballero,
seguirlos no es acertado,
que quizás dentro del monte
tendrán otros emboscados.

Fel. Aunque no fuera por eso,
me precisara á dexarlos
la obligacion de atender
con mi ser, y quanto valgo
á vos, que sin conocerme,
fino, valiente, y bizarro,
para libertar mi vida
os pusisteis á mi lado:
para poderos pagar
un servicio tan del caso,
es fuerza, que otro favor
pretenda de vuestro garbo,
y es, que digais á quién debo
la vida, que en vos restauro.
Quitadme luego esta duda,
que al miraros tan bizarro,
tan galan, tan bien dispuesto,
tan discreto, y cortesano,
juzgo, que Júpiter mesmo,
afable, valiente, humano,
humana forma vistiendo,
ha baxado á darme amparo.

Isab. Yo agradezco, caballero,

que querais tan cortesano,
lo que á vos mismo os debeis,
atribuirlo á mi brazo.

Juzgo, que si os viera Marte
blandir el hierro templado,
aun siendo Dios, rezelara,
le quitarais holocaustos;
pero, en fin, pues que queréis,
como dixe, ser tan grato,
por si teneis que mandarme
en otro asunto mas arduo,
yo me llamo Don Fadrique
Lara Zúñiga y Gonzalo:
he corrido ambas Castillas
en busca::: pero del caso
no os puede ser que refiera
mis sucesos desdichados.

Fel. Gusto no tendré de oirlos,
siéndolo; pero si acaso
en algo os puedo servir,
Don Diego Alvarez de Castro,
Caballero de Castilla,
espero que vuestro labio
me informe de vuestros males:
mi nombre, y mi patria callo, *Ap.*
por lo que puede importar
al logro de mis cuidados.

Isab. Con el nombre que he fingido,
que estoy mas segura es llano;
y pues el trage tambien *Ap.*
me da mas desembarazo,
para obligarle á seguirme,
le diré, sin hablar claro,
la causa de mi dolor,
y origen de mi quebranto,
que no sé por qué motivo
me alegré de ver su garbo.

Fel. ¿En qué os deteneis?

Isab. De todo quiero informaros,
ya que queréis escucharme.
Mi patria, amigo, es Buytrago,
la causa de mi viage
es el vengar un agravio,
que dos traidores me han hecho,
matando á un deudo cercano,
que tenia: perdonadme,
si me enternezco al contarlo,
que hace su oficio el amor,

B 1

con

con que nos queríamos ambos.

Matáronle (como os dixe)
alevosos á mi lado,

y no contentos con esto,
despues contra mí intentáron
injurias, que no pudiéron,
arrosos, que no lograron;

pero informaros de todo
quiere, amigo, mas espacio;

y pues ya declina el sol,
(si os pareciere acertado)

á ese cercano Lugar,
que desde aquí divisamos,

nos podrémos retirar,
para descansar un rato:

en él os referiré

lo que falta, y miéntras tanto,
sabad aquí solamente,

que los que me han agraviado
ya estan muertos á mi acero:

que fuera en mi honor reparo,
que sabiendo ya mi ofensa,

no supierais la he vengado.

Vamos.

Fel. Perdonad, Fadrique,

que no puedo acompañaros,

pues aunque pierda la vida,

quiero valiente, y arrestado,

penetrar de nuevo el monte:

que si vos estais vengado,

yo no, y dentro de él se hallan

una aleve, y un tirano,

á quien es fuerza que busque,

Fadrique, para matarlos.

Isab. Pues siendo de esa manera,

no penseis que he de dexaros,

que si hoy la vida os he dado,

tambien os debo ayudar

á vengar vuestros agravios,

que la vida sin honor

no es tesoro para dado;

pero decidme, Don Diego,

¿una aleve, y un tirano,

no dixisteis vos, que son?

Fel. Es cierto.

Isab. Penas, á espacio.

Fel. ¿Por qué lo extrañais?

Isab. Por nada:

¡pluguera á los Cielos! Vamos.

Fel. Vuestra fineza agradezco

en querer ir á mi lado.

Isab. Pues no hay para qué, Don Diego,

que desde que os he escuchado,

que hay muger en vuestro lance,

si quereis que os hable claro,

os sigo de mala gana.

Fel. Es vuestro dictámen raro:

¿tai to temeis las mugeres?

Isab. No, Don Diego, me da enfado,

que no haya lance ninguno

sin mugeres. Yo no alcanzo

la causa que me da pena

de ver á este hombre empeñado

con otra.

Fel. Si lo sentis,

yo no quiero disgustaros:

solo iré: quedad con Dios.

Isab. Ya mi palabra he empeñado;

con vos he de ir, Don Diego.

Fel. Creed que siento cansaros.

Isab. Atravesemos el monte.

Fel. Cálmense en él mis cuidados,

vengando en los dos traidores

este cruel sobrosalto,

para que pueda despues,

á Doña Isabel buscando,

matar tambien al aleve

que la viene acompañando.

Isab. Entre diversas pasiones

padezco cruel naufragio;

pero seguir á Don Diego

determino en todo caso.

Sale Leonor.

Leon. Huyendo, sin saber dónde,

de la furia de mi hermano,

he corrido todo el monte,

en mi muerte tropezando.

¿En qué pararia, Cielos,

el empeño en que he dexado

á aquel hombre, que por mí,

valiente, altivo, y gallardo,

su vida expuso? Parece

que aquí cerca suenan pasos:

¿si será mi hermano? ¡Ay, Cielos!

Sale Don Juan.

Juan. Aquella muger buscando,

que

que me empeñó en su defensa,
he corrido monte, y prado:
infeliz soy, si la pierdo,
pues su riesgo no restauro;

Leon. ¿No es éste el que me ha librado?
él es: ¡dichosa he sido!
Pero, Cielos, ¿si mi hermano
acaso perdió la vida?
¡rezelo cruel, é inhumano!

Juan. Decidme::

Leon. Decidme vos,
¿en qué aquel lance ha parado,
en que por favorecerme
os he dexado empeñado?

Juan. En que los dos, que querian
ofender lo celebrado
de tu singular belleza,
para lograrlo á su salvo,
á pesar de mi defensa,
divididos se empeñaron,
el uno en hacerme frente,
y el otro en ir á buscaros:
yo, viendo vuestro peligro,
para hallarme á vuestro lado,
le volví astuto la espalda,
para ser primero á hallaros,
y defenderos de entrambos
en el caso que os encuentren;
y pues todo lo he logrado,
en veros en este sitio,
nada os pueda dar cuidado.

Leon. Yo estimo vuestra fineza;
mas ya que está tan cercano
ese Lugar, caballero,
bien podeis aquí quedaros,
que en él podré asegurar
mis sustos, y sobresaitos.

Juan. No me digais que me quede,
pues ya me miro empeñado
en ir con vos al Lugar,
ó adonde quiera que vamos:
Caballero soy, señora,
bien podeis de mí fiaros,
que os serviré tan atento,
político, y cortesano,
que hasta de mis pensamientos
doy palabra de guardaros.

Leon. Esa palabra os recibo,
y en fe de ella, vuestro amparo
admito. *Juan.* Segura estais.

Leon. Hallándome ya en el caso, *Ap.*
de que mi hermano pretende
colérico, é irritado
darme la muerte, imagino,
que conviene á mi resguardo,
que me acompañe este hombre,
mientras depone lo airado;
y si he decir verdad,
no he sentido el encontrarlo.

Juan. No se qué nuevo desvelo, *Ap.*
desasosiego, ó cuidado,
se ha introducido en el alma
despues que he visto su garbo,
que de Isabel la belleza
va en mi memoria borrando.

Leon. Ya que seguirme quereis,
por este camino vamos.
Despacio, cuidados mios, *Ap.*
mirad el riesgo en que estamos
de que el agradecimiento
pise la línea de agrado. *Vase.*

Juan. Amor, si ésta es nueva pena,
dame tu favor, y amparo,
sepa una vez ser dichoso
quien fué tantas desdichado. *Vase.*

Salen Don Felix, y Celio.

Fel. ¿Qué dices, Celio? ¡ay de mí!
¿no pudiste oir, ni ver
dónde mi hermana se oculta,
ni aquel alevé, é infiel,
que dexó la lid pendiente,
para seguirla tambien?
¿No corriste tras de entrambos?
¿Pues cómo, dí, puede ser,
que no los vieses? *Cel.* Señor,
lo espeso del monte ves,
y te causa admiracion
que los llegase á perder?

Vive Dios, que el encontrarlos
agazapados en él,
es obra dificultosa
para un podenco, ó lebre!:
¿con qué á tí, señor, por poco
te quitan allá la piel
los gatos, que en aquel monte

te saliéron al traves?
Fel. Robarme, y matar quisiéron,
 y estuvo por suceder
 uno, y otro, si no fuera
 por un hombre, que fiel,
 poniéndose al lado mio,
 restauró el riesgo cruel.
 Dice se llama Fadrique
 de Lara y Zúñiga, y es
 hombre de insigne valor,
 galán, valiente, y cortes:
 vino conmigo hasta aquí;
 en el Meson le dexé
 para salirte á buscar.

Cel. Tu fortuna grande fué
 en hallar quien te amparara
 de tanto gato montes.

Fel. Antes guardarme la vida
 creo que crueldad fué,
 para que pueda sentir,
 y sin morir padecer
 tantos injustos agravios
 como fomenta Isabel,
 como ocasiona Leonor,
 y aquel tirano cruel,
 que la libró de mis iras.
 Dí, Celio, ¿qué puedo hacer
 cercado de tantas penas?

Cel. Tener paciencia, y comer,
 pasearte bien, y dormir,
 que Leonor, á mi entender,
 ya se habrá vuelto á su casa,
 pues lo que la traxo fué
 solamente la camorra
 de la maldita Isabel,
 y su galán, que á los dos
 nos hacen andar qual ves.
 El miedo la hizo escapar
 de tí: no tienes por qué
 temer de Doña Leonor
 el injusto proceder:
 lo demas se compondrá,
 si se puede componer;
 y para que te diviertas
 un poco, oye, y te diré
 lo que aquí me ha sucedido
 despues que sin tí llegué.

Fel. ¡Denme treguas mis pesares!

Cel. Habiendo corrido bien
 por hacer lo que mandaste,
 sin que me sirva el correr,
 pues Leonor se agazapó,
 yo no sé dónde, ni en qué:
 llegué, señor, al Lugar
 con una hambre, que á mí ver
 se las podría apostar
 á la de un Conde, ó Marques,
 que con título de Anillo
 es su renta el no comer:
 para llenar mi gazuza,
 que me iba dando cordel,
 comí puercamente mal,
 pagué limpiamente bien,
 que son las dos circunstancias,
 que en las posadas se ven:
 salime despues á andar
 por el Lugar, y encontré
 una Serrana, Señor,
 de éstas que en el Lavapies
 suelen llamar de chupete,
 para encarecerlas bien:
 ella tiene un zarandillo,
 un meneo, ó no sé qué,
 que á mí con ser un salvaje,
 por poco me hizo caer.
 Para informarte mejor,
 pintarla quiero esta vez,
 sin valerme de diamantes,
 oro, plata, que á mí ver,
 dama de estos minerales,
 pareciera Lucifer.
 Era su pelo algo rubio,
 y blanco un sí es, ó no es,
 que si fuera todo roxo,
 Judas pleytara por él.
 Su frente proporcionada,
 nada fosca, ni cruel,
 espacios, y sin arrugas,
 que en la frente suelen ser
 unas señales seguras
 de mal genio en la muger.
 Ojos grandes, niñas negras,
 que éstas son á mí entender,
 las que se llevan la palma,
 no verdes, ni gris de fer:
 que niñas de estos colores

en los gatos estan bien.
Negras cejas les servian
de tapete, ó de dosel;
y era de ver qual lucian
sobre su cándida piel.
La nariz era afilada,
sin que tuviera que ver
con Roma, ni con Vizcaya,
pues corta, ni larga fué.
La boca un poco pequeña,
sin que fuera menester
fruncirla, como lo hacen
unas viejas, que yo sé.
Sus labios en el color
eran un roxo clavel,
sin hacerla las dobleces,
que hacen sus hojas en él.
Los dientes eran menudos,
y de perfecto nivel,
sin que tuviera el algofar
que hablar allí, ni que hacer.
Las mexillas sonrosadas,
aunque en estilo cortes,
pues dexaban que asomase
de su blancura la tez.
Su cuello no era cigüeña,
ni tampoco enano es,
en medio de ambos quedó,
para mejor parecer.
Su talle del mismo modo,
ni largo, ni corto fué,
sabiendo que los extremos,
nunca han parecido bien.
Aquí cesa la pintura,
que no me quiero meter
en pintar lo que no ví,
que no es razon que el pincel
se meta aquí á descubrir
lo que ocultaba cortés
el pañuelo, y la costilla,
delantal, y guardapiés.
Informéme en la posada
de quién era esta muger,
y no me diéron razon:
luego, señor, te busqué,
para que vamos á verla,
para probar, para ver,
si se alivian tus pesares,

ó se entretienen tal vez:
que no hay remedio mas útil,
segun llevo á comprehender,
para borrar una pena,
como una hermosa muger.
Fel. Tanto mella has ponderado,
Celio, que ya la veré,
para mirar si confronta
su beldad con tu pincel,
y haré treguas al pesar,
si es que en él las puede haber.
Vamos, Celio, que á Fadrique
tengo que buscar despues;
y te advierto, que mi nombre
es Don Diego para él,
que por no ser conocido,
el mio de Felix callé.

Cel. De todo quedo enterado.

Vamos, que yo la dexé
á la dicha en esta calle:
verás, señor, qué muger. *Vanse.*

Sale Doña Isabel vestida de Serrana.

Isab. A no experimentar hoy
en mí de Amor el poder,
de su grandeza dudara,
no tuviera fe con él:
ahora penetro la causa
por qué le pintan tal vez
ciego; y es porque vendado
adora sin saber qué.
Ahora he comprehendido ya
la razon que puede haber
en decir, que son de fuego
sus armas; pues veo que
solo tardan en herir
lo que se tarda en un ver.
En mi pecho, (¡ay infeliz!)
todo lo experimenté,
pues luego que á Diego ví
á su talle me incliné,
ciega le empecé á dorar
antes de saber quién es.
Rayo ha sido para mí
de sus voces lo cortés,
por cuya causa abrasada,
rendida á su gentiléz,
para obligarle á mi amor,
de hombre el disfraz dexé,

para hacerme encontradiza,
 en hábito de muger,
 al estilo que acostumbran
 en este país, para ver
 si quien me ama por Fadrique,
 me ama por dama también.
 Pero ¡ay loco desvario,
 tirano amor, y cruel!
 ¿para qué has de emprender, di,
 lo que luego ha de volver
 en sentimiento mayor,
 en mas duro padecer,
 si contemplas, que me dixo,
 quando le libré fiel
 del peligro en que le ví,
 que en busca de otra muger
 andaba triste, y zeloso?
 Pero puedes responder,
 que lo ciego del Amor
 en esto se echa de ver,
 que el que mira inconvenientes,
 muy poco llegó á querer.

Salen Don Felix, y Celio.

Cel. La muger que te he pintado,
 señor, es esa que ves.

Fel. Ahora, Celio, reconózco,
 que quedó corto el pincel:
 ¡un asombro es de hermosura!

Isab. Cielos, ¿no es Don Diego aquel?
 ya en mí ha hecho reparo:
 válgame, Amor, tu poder.

Cel. Dile algunos arrumacos,
 si te parece tan bien:
 desecha un poco el pesar,
 que yo también voy á ver,
 por no hacerte mala obra,
 si me puedo entretener. *Vase.*

Fel. ¡De Fadrique es un retrato
 la peregrina muger!

Isab. ¡De Adonis es semejanza
 en lo gentil, y cortés!

Fel. ¿Si me atreveré á hablarla?
 ¿pero en qué me paro, en qué?
 Bellísima Labradora,
 honor de aqueste orizonte,
 ¿eres Diana de este monte,
 ó de estos valles Aurora?
 Pero mal dixe, señora,

perdona el rudo concepto,
 que si reparo al efecto
 de tan ardiente arreból,
 erré en no llamarte Sol,
 que es tu debido epíteto.
 ¿Dónde tan sola, y tan bella
 caminas tan de mañana?
 aunque siendo Diosa humana
 te acompañará tu estrella;
 pero ninguno ha de vella,
 porque si bien se repara
 en el primor de esa cara,
 que al mismo Sol le dá enojos,
 fué fuerza que al ver tus ojos,
 toda Estrella se ausentara.

Isab. Atordida he estado oyendo

(para conformarme así *Apart.*
 con el traje que vestí,
 fingirme ruda pretendo)

vuestra voz, y no la entiendo:
 discretazo cortesano,

¿no me veis patas, y mano,
 cara, y sayo de moger?

¿pus cómo podeis creer,
 que so Estrella, ó Dios humano?

Es cierto que el otro día
 el Barbero del Logar,

hombre, que en relacionar,
 se llas apuesta á mi tia,

alcanzó por Cerugía,
 que yo era linda, y hermosa;

(ahí es nada) como rosa,
 pero no como Doñana,

ni esotra Aurora, ó manzana,
 que dixo aquí vuestra prosa.

El Albeytar de lla Villa,
 que es Teólogo afamado,

y diz que está enamorado
 de mí hasta lla tetilla,

viéndome un día en cotilla,
 por decirme un resquebrazo,

sos de llas flores un mazo,
 (dixo) entre ballenas puesto;

pero con todo, yo apuesto,
 que sois vos mas llatinazo.

Fel. Además de ser hermosa,
 tienes gracia singular:

tu llama me hace cegar,

como simple mariposa.

¿Qué importa, muger preciosa,

que te hagas desentendida

á la aclamacion debida,

que tu belleza merece,

si de mirarte adolece

el alma, de Amor rendida?

Isab. ¿Acaso soy peste yo,

ó Basilisco cruel,

que el Cura hablándonos de él

diz que con mirar mató?

Fel. No sois, Labradora, no,

tan simple, como os haceis:

conozco que me entendeis,

y que al mirarme abrasado,

quereis burlar mi cuidado

con el chiste que teneis.

Isab. Si tan abrasado está,

retórico caballero,

¿por qué con paso ligero

ácia el rio no se vá?

allí se refrescará,

si es que tiene callentura:

así diz que lo hace el Cura,

quando le aflige el calor,

y vuelve que es un primor

tentar despues su frescura.

Fel. Quien mira en tu hermosa mano

acrisolada la nieve,

con ella á templar se atreve

incendio tan inhumano.

Isab. Teneos, que al Cerujano

solo, hermano, se lla doy,

y eso quando mala estoy,

que lla muger, si es honrada,

solo al querer ser casada

lla da al novio hoy por hoy.

Fel. Ese es extraño rigor:

si tanto desden gastais,

¿por qué, decid, obligais

con tal violencia al Amor?

Isab. ¡No he visto chiste mayor!

¿No me habeis visto jamas,

y quereis, sin mas ni mas,

hacerme creer de repente,

que me amais adredemente?

vos sois mas tonto que Brás.

Fel. ¿No sabeis, que para amar,

un solo momento basta?

rayo es Amor, que contrasta

el mas remoto lugar:

no teneis, pues, que admirar,

que rindan mi corazon

rayos, que tan bellos son;

que si bien se considera,

aun el mismo Amor rindiera

á ellos sus flechas, y harpon.

En mí concurren tambien,

á mas de vuestra belleza

para amaros con firmeza

motivos, que me estan bien:

pues en vos mis ojos ven

un verdadero retrato

de un fiel amigo, que grato

ayer mi vida libró:

con que á no adoraros yo,

no hay duda que fuera ingrato;

pero si bien lo reparo,

aunque os pareceis los dos,

no juzgo que es como vos,

tan tirano, ó tan avaro,

pues de él recibí el amparo

de mi vida perseguida;

pero vos, bella homicida,

aunque fallecer me veis,

con vuestro desden creceis

los martirios á mi herida.

Isab. Pues acabarais ya

de descubrir lla razon

de ese amor: en conclusion,

segun yo comprehendo acá,

vos me quereis, claro está,

porque yo só parecida

al que os ha dado lla vida?

pus idos en hora mala,

que aunque so pobre zagala,

por mí quiero ser querida.

Fel. Pues que os perjudica aquí,

que os ame, por dos razones,

si se doblan ocasiones,

mas os vengo á amar así.

Isab. Sepa de vos para mí,

siquiera para consuelo,

cómo se llama el mozueto

que os sacó de aquel despique.

Fel. Es su nombre Don Fadrique,

C

de

de vos un vivo modelo.
Isab. Pus ese es un Caballero
 de Buytrago natural,
 y es primo mio carnal:
 ¿vos, señor, según infiero,
 sos aquel faramallero,
 que de lladrones libró?

Fel. ¿Quién tal noticia te dió?

Isab. Ese primo, que has nombrado.
 También diz que enamorado
 de otra, que te lla pegó,
 porque con otro se ha ido,
 de puro zeloso, loco,
 andas haciéndola el coco:
 todo, amigo, llo he sabido;
 y pus yo jamas he sido
 suple faltas de nenguna,
 busque luego su fortuna,
 no se quiebre lla cabeza,
 que no se hizo mi firmeza
 para amantes de la tuna.

Fel. Esa sospecha zelosa
 pudiera satisfacer,
 con que lleguéis á saber,
 que no os importa á vos cosa
 la muger, que mi rabiosa
 cólera viene siguiendo;
 pero al oiros entiendo,
 que Fadrique entendió mal
 mi dolor.

Isab. No hay tal, amigo, no hay tal,
 que yo también llo comprendo,
 sé que vos me estáis mintiendo,
 no entiendo de mas folías:
 quedaos á buenos días.

Fel. Mirad que os he de ir siguiendo.

Isab. Que sois loco voy creyendo:
 á lla otra podeis buscar.

Fel. No teneis, no, que porfiar,
 quando os adoro á vos sola.

Isab. ¿Quereisme hacer lla mamola?
 no me lla habeis de pegar.

Se quedan hablando, y sale D. Juan.

Juan. Despues que ví aquella dama,
 mi corazon no sosiega:

¿pero qué miro? ¡ay de mí!

¿Esa muger, esa fiera,
 que con un hombre está hablando,

no es Isabel? ¿hay mas penas?

¿pues qué aguardan mis rigores,
 mis enojos á qué esperan,
 que no vengan de mis zelos
 tan no esperadas sospechas?

¿Caballero? *Fel.* ¿Qué mandáis?

Juan. Ninguno tiene licencia
 para hablar con esa dama,
 á ménos de que pretenda
 morir. *Fel.* Sino yo, que quiero...

Isab. ¡Ay de mí! *Fel.* Daros la pena
 de vuestra loca arrogancia;
 y pues, según vuestras señas,
 sois el mismo que este día,
 para que á otra no siguiera;
 me acuchillasteis soberbio,
 vengaré entrambas ofensas.

Juan. Huélgome, que vos seáis,
 para que hagais experiencia,
 que el huir de vos entónces, *Riñen.*
 no fué porque miedo os tenga.

Isab. ¿Que viniése á tan mal tiempo
 Don Juan! pero cómo pueda
 mudar el trage, yo haré
 se desmienta su sospecha. *Vase.*

Fel. ¿Que tanto tarde en matarte!

Juan. ¿Que tanto te me defiendas!

Fel. Herido estoy, (¡ay de mí!)
 y siendo en la mano derecha,
 no es posible que maneje
 la espada: ¡terrible pena!

Juan. Vete á curar al Lugar,
 que luego que convalezcas
 nuestro duelo seguiremos.

Fel. Dame la muerte, ¿qué esperas?

Juan. Nunca se venga en rendidos
 el que de noble se precia:
 en curándote la herida,
 nos veremos donde quieras.

Zelos, vamos á sentir
 las mudanzas de Isabela;
 aunque ya desde que ví
 aquella nueva belleza,
 es muy ligera la herida,
 es muy suave la pena! *Vase.*

Fel. Yo os buscaré: ¡ay de mí!
 y qué cruel es mi estrella,
 pues unió contra mi pecho,

sobre cúmulos de ofensas,
para maltratarme mas,
amor, zelos, y sospechas.

Vase.

JORNADA TERCERA.

*Sale Doña Isabel de hombre, Don Felix,
y Celio.*

Isab. Don Diego, ¿qué me decis?
Aquel breve, y corto tiempo,
que estuve ausente de vos,
tuvisteis tantos sucesos?

Fel. Sí, Don Fadrique, y creed,
que aunque admirarme pudieron
todos, me suspendió el ver
lo parecida en extremo
que es á vos la labradora,
que os he dicho: sus acentos,
sus palabras, sus acciones,
su talle, cara, y gracejo
son vuestros de tal manera,
que yo, Don Fadrique, pienso,
que semejante prodigio
los antiguos no le viéron;
y si la cólera mia,
por un desgraciado encuentro,
permitiera á mi memoria
su belleza encareceros,
os diria, que es tambien
de la hermosura un portento.

Isab. Al fin oygo mi alabanza, *Ap.*
sin que se mezcle el rezelo
de las lisonjas. Su garbo
ponderais con tanto extremo,
que ya en mi pecho tambien
dispertasteis el deseo
de mirar esta belleza:
que al fin si nos parecemos,
de la senda del agrado
nos hallamos poco léjos,
que siempre la semejanza
ha sido madre de afectos.

Fel. Bueno es, señor Dón Fadrique,
que vengais á mí con eso,
quando la dama que nombro
tiene con vos, quando ménos,
el parentesco de prima.

Isab. ¡Jesus, y qué desacierto!
prima mia, ¡quando yo
en todo el mundo la tengo!
¿quién os dixo tal error?

Fel. Fadrique, su labio mesmo:
no teneis, no, que fingir,
que mal puede ser incierto
sois su pariente, y tambien
que la habeis visto; y lo pruebo,
en que ella me dió razon,
no solo del Lugar vuestro,
sino tambien de apellido,
y nombre; para que hablemos
con claridad, Don Fadrique,
(haberlo de decir siento)
me ha referido ella misma,
que vos fuisteis en efecto
quien me libertó valiente
en el monte de aquel riesgo,
sin que dexara en olvido
lo que os referí en secreto,
de que seguia á una dama;
pero dexémonos de esto,
y vamos á que no podia
sin vos, Fadrique, saberlo.

Isab. Haréis que pierda el juicio
con semejante embeleco.
Os juro por vida mia,
que yo tal prima no tengo,
que con tal muger no hablé
ninguno de esos secretos.
El tiempo que me aparté
de vos, que fué corto tiempo,
anduve por el Lugar
viendo sus plazas, y Templos.
Volví al Meson á buscaros,
sin tener ningun encuentro,
ni hablar á persona alguna:
Don Diego, podeis creerlo.
De este modo le confundo, *Ap.*
pues aunque busque argumentos,
con no conceder ninguno,
en su duda le mantengo.

Fel. O ya estoy loco, Fadrique,
ó quereis que llegue á serlo:
¿es posible que negueis
un hecho tan manifiesto?

Cel. A mí tambien me parece

que tiene razon Don Diego:
 si acabado de llegar
 has tenido ese tropiezo
 con la Serrana, que ha sido
 causa de que macilento,
 y herido vuelvas á casa,
 (que esto es lo que recogemos
 de andarnos tras de bonitas)
 ¿en qué lugar, ó en qué tiempo
 la habia de hablar Don Diego?

Fel. Calla, Celio, no pretendas,
 que apurado el sufrimiento,
 haga que pagues aquí
 el disgusto, que yo tengo.

Cel. No pienso hablar mas palabra,
 que los amos (caso es cierto)
 despican con los criados
 el mal humor de su genio.

Isab. Estad, Don Diego, seguro,
 que os hablo sin fingimiento:
 esa Serrana, sin duda,
 por algun extraño medio
 supo mi nombre, y mi patria,
 y tambien vuestros sucesos,
 y por enredaros díxo,
 que de mí llegó á saberlos:
 ¿qué se ha hecho esa muger?
 busquémosla los dos luego,
 y veréis como es verdad,
 que todo es un puro enredo.
 Vamos. *Fel.* Es buena porfia,
 y aun extravagante empeño:
 ¿cómo quereis que yo encuentre
 esa muger, quando es cierto,
 que ignoro dónde reside,
 si es de éste, ó de otro Pueblo?

Isab. ¿Y por qué no la seguisteis?

Fel. Por el casual empeño
 de un forastero, que airado,
 de enojo, y cólera ciego,
 viendo que conmigo hablaba,
 contra mí esgrimíó el acero:
 reñimos los dos valientes;
 pero el hado, siempre opuesto
 á mis dichas, esta herida
 me hizo sacar de este duelo,
 que aunque pequeña, bastó
 á que quedara suspenso:

desayre, que me ha costado
 mas dolor, mas sentimiento,
 que si perdiera la vida
 á la crueldad de su acero.

En este lance la dama
 se fué de entrambos huyendo:
 yo quedé con mi contrario
 en que los dos nos busquemos
 luego que convaleciera;
 y pues ya lo logré, quiero
 ver dónde puedo encontrarle
 para acabar este empeño,
 y otro, que tengo con él
 por otra causa suspenso.

Isab. Entretenerle me importa, *Ap.*
 para embarazar su riesgo.

Ahora, Don Diego, no extraño
 semejantes embelecos:
 muger, que hablando con uno,
 ya tiene á otra en acecho,
 me lleve Dios á los Cielos,
 si no fuese una embustera,
 y quizás corto me quedo.

Con hablar así de mí, *Ap.*
 sus sospechas desvanezco.

Fel. Una cosa es, Don Fadrique,
 que estándos aquí oyendo,
 pierda, como ya os he dicho,
 el juicio, y entendimiento,
 y otra, que vos agravieis
 con ese indigno concepto
 á la dama de que hablamos:—

Isab. Gracias á mi fingimiento: *Ap.*
 ¿habrá gusto semejante?

Fel. Que aunque noticia no tengo
 de su calidad, y sangre,
 noble, y virtuosa la creo,
 sin que concurra mas causa,
 que su semblante; pues pienso
 dispone la Providencia
 sea rasgo manifiesto
 el malo de la maldad,
 y de la virtud el bueno.

Isab. Perdonad, si os disgusté,
 que yo emendarme prometo,
 pues ya de vuestras razones,
 Don Diego, voy coligiendo,
 que la Serrana se ha entrado

por medio de vuestro pecho.

Fel. Si os he de hablar con verdad,

Fadrique, no hay duda en eso.

Isab. Albricias, amor. ¿Hay mas *Ap.*

de que los dos procuremos

buscarla con diligencia?

pues por imposible tengo

que en este Lugar, ó en otro

no la encontremos, Don Diego,

y mas si nos separamos, ¿cómo

distintas sendas siguiendo:

que si á mí es tan parecida

como me decís, no puedo

engañarme, si el acaso

me la pusiese al encuentro:

en este mismo Lugar

juntarnos despues podemos

á darnos mutua razon

del éxito de este empeño.

Fel. Así sea, Don Fadrique;

pero primero pretendo,

buscando al contrario mio,

vengar la herida que tengo.

Isab. Dexadlo para mañana.

Fel. ¿A vos, qué os importa esto?

Isab. A su tiempo os lo diré.

Fel. En todo he de obedeceros.

Isab. Vamos, pues; pero tened,

(asegure así mis zelos)

¿no me dixisteis ayer,

que vos veniais siguiendo,

no sé si amante, ó zeloso,

una dama? Yo sospecho,

que si despues la encontraseis,

y os miraseis satisfecho,

que el amor de la Serrana

se desvanezca en el viento,

pues siempre al segundo amor

hace ventaja el primero.

Fel. Nada de eso rezeleis,

que la que iba yo siguiendo

no era mi dama, Fadrique,

ni es dable que pueda serlo. *Vase.*

Isab. Está bien, el Cielo os guarde.

Albricias, Amor, pues vemos

casi cierta la victoria

á que aspiran mis deseos.

¡O bien hubiese el disfraz,

que ha logrado á mis desvelos

saber que ya corresponde

á mis caricias Don Diego!

Pero esta dama que sigue,

aun altera mi sosiego,

dudando si en este asunto

me está engañando, ó mintiendo.

El modo de asegurarme

es ver, si acaso de Celio

puedo saber de una vez

lo que hay aquí de misterio.

Celio, á mí me importa saber,

qué dama es la que á Don Diego

le cuesta tantos cuidados:

yo sabré guardar secreto

de modo, que nunca alcance

que de tí pude saberlo;

y si dices la verdad,

te pagaré con exceso.

Cel. Rebutando estaba ya

para contar este cuento,

que faltara á ser criado,

si no estuviera dispuesto

á contar, siempre que ocurra,

de mis amos los secretos.

Si ántes me lo preguntaras,

no te costara el dinero;

pero pues ya lo ofreciste,

venga la mosca, y parlemos.

Isab. Veinte doblones cabales

en esta bolsa te ofrezco.

Cel. No hay criado, que haya hablado

en su vida á tanto precio:

de todo te daré cuenta.

Isab. Empieza, que ya te atiendo.

Cel. Lo primero, Don Fadrique,

que has de saber de mi cuento,

es, que Don Diego de Castro,

ese á quien estoy sirviendo,

no se llama así, sino:--

Isab. ¿Qué? *Cel.* Don Felix de Toledo.

Isab. ¡Qué es lo que escucho! ¡ay de mí!

¿Eso que dices es cierto?

Cel. Como dos, y tres son cinco.

Isab. ¿Pues cómo (! mortal estoy!)

dixo llamarse Don Diego?

Cel. Don Fadrique, el caso es ese:

mudó el nombre con intento

de buscar á cierta dama,
 cuyo nombre, si me acuerdo,
 es Isabel, (malos lobos
 merienden hoy con su cuerpo,
 pues es ella quien nos trae
 por cerros, y vericuetos)
 que acompañada de un hombre,
 galán, marido, ó cortejo,
 (que hay muy poca diferencia
 de uno á otro en estos tiempos)
 mató á dos hermanos suyos,
 porque tiranos, y fieros
 le mataron á su esposo,
 según dice, con intento
 de substituir el oficio,
 que en ella tenía, ellos.
 No contenta aquesta dama
 con vengar, señor, su entuerto
 en los dos que lo intentaron,
 nos remitió un mensajero
 á casa, para decirnos
 que con el sepulturero
 nuestro entierro se ajustara,
 pues quiere sin cumplimiento
 matarnos, sin dexar rastro
 de la sangre de Toledo.
 Con esta noticia, al punto,
 para evitar tanto riesgo,
 dispuso el ir á buscar,
 su patria, y nombre fingiendo;
 dexóse en casa á su hermana
 Doña Leonor de Toledo;
 pero luego que nos fuimos,
 picada, según yo pienso,
 de que sea una muger
 quien nos echó tantos fieros,
 emprendió viage también
 para quitarla el pellejo.
 Encontróse con Don Felix,
 el que enojado, y colérico
 de que mirase tan poco
 por su honor, y su respeto,
 procuró darla la muerte:
 se atravesó un majadero
 á librarla, que no falta
 para estos lances un necio,
 que por librar una dama
 exponga así su pellejo:

ella con esto afufó,
 y aunque yo la fuí siguiendo,
 no la hemos visto despues;
 y aquí finaliza el cuento,
 por el que tú sabes ya,
 á costa de tu dinero,
 quien es la dama que sigue
 Felix, con nombre de Diego,
 y lo que nos hace andar
 como Andantes Caballeros:
 si alguna otra cosa dudas,
 pierde, Fadrique, el rezeló,
 que como yo no la ignore,
 has de quedar satisfecho;
 porque se me hace conciencia,
 por tan ligero secreto,
 y tan corta relación,
 llevarme tanto dinero. *Vase.*

Isab. ¿A quién sucedió jamás
 lo que me está sucediendo?
 Yo, que he dexado mi patria,
 y he abandonado mis deudos,
 sin reparar en peligros,
 sin hacer caso de riesgos,
 á fin de vengar sangrienta
 en Don Felix de Toledo,
 y Doña Leonor su hermana,
 el rencor, el odio fiero,
 que tengo contra su sangre
 desde aquel infeliz tiempo
 en que alevés sus hermanos
 con la muerte de mi dueño
 intentaron de mi honor
 hacer bárbaro trofeo:
 yo, que á mirar á mi esposo
 difunto cadáver yerto,
 juré no embaynar la espada
 hasta derribar al suelo
 quantas vidas alentasen
 con la sangre que aborrezco:
 yo en fin, que de Don Juan
 he permitido el cortejo,
 mas para que me ayudara
 al logro de mis intentos,
 que no porque le estimase
 para mi esposo, ó mi dueño:
 he llegado á enamorarme
 (¡con que rubor lo refiero!

de Don Felix, que creí
ser, con nombre de D. Diego,
digno objeto de mi amor,
de mi pasión digno objeto?
Yo he hecho indigna trayción
á mi patria, y á mis deudos,
de mi esposo á la memoria,
y de Don Juan al afecto,
es verdad; pero si errada
caí en tanto desacierto,
recupéreme advertida,
ya que llegan á buen tiempo
las luces de el desengaño,
y avisos de entendimiento:
salga, pues, del corazón
esta pasión, este fuego,
que apoderado del alma,
á todas está venciendo:
siga mi noble venganza,
vengue mi difunto dueño,
muera á mi acero Don Felix,
pague en agradecimientos
las finezas de Don Juan;
no digan de mí los tiempos,
quando se cuente esta historia,
si tanta pasión no venzo,
que en vano es querer venganzas,
si Amor se pone por medio. *Vase.*

Salen Doña Leonor, y D. Juan.

Leon. En vano os cansais, Don Juan:
no ha faltado quien me cuente,
que ayer por una Serrana
reñisteis cruel, y valiente;
y así, pues tales cuidados
desasosegado os tienen,
no teneis, digo otra vez,
que hablarme mientras viviere,

Juan. Si supieras, Leonor bella,
quán poco en esto te ofende
mi amor, ten por cosa cierta,
que fueras menos rebelde.
La dama por quien reñí,
si quieres que lo confiese,
es cierto, que en algun tiempo
algunos afectos leves
le debió á mi inclinación,
por lo que pude atreverme
á venirla acompañando

desde su Lugar á aqueste;
pero habiendo conocido
con el trato sus crueles
desarregladas pasiones,
que á las venganzas la impelen
aun mas allá de los límites,
que les prescribe la muerte,
poco faltó á que el afecto
en odio cruel se trueque.
El reñir por ella ayer
corto cuidado merece,
pues basta haberla querido,
sea del modo que fuese,
para que al verla con otro
mi cólera se destemple.
En fin, hermosa Leonor,
no sé que pueda ofenderte
que otra afición me llevara
antes de llegar á verte.

Leon. ¿Qué escucho, Divinos Cielos? *Ap.*

En esta dama convienen
de Isabel todas las señas:
¿qué sería si ella fuese?
Sin darme por entendida,
ántes que de aquí me ausente,
haré por averiguarlo;
y en caso que se evidencie
la sospecha, lograré,
dándola á viva la muerte,
vengar mi sangre ofendida;
y quando la fama cuente
á mi hermano este suceso,
conseguiré fácilmente
su perdón, quando repare
que le he vengado valiente.

Juan. Mi satisfacción, Leonor,
muy poco contigo puede,
pues ni una sola palabra
ha conseguido deberte.

Leon. No soy yo muger, Don Juan,
tan simple, ó tan inocente,
que tan frívolas disculpas
basten para convencerme.
Buscad, Don Juan, esa dama,
que pues sentis la festejen,
no hay duda que de su amor
aun viven en vos calientes
las cenizas, y aun quizás

de su Vesubio la ardiente
 llama, que á no ser así,
 tengo por cosa evidente,
 que no tuvierais vos zelos,
 que efectos son puramente
 del amor, y sin la causa
 efectos haber no puede.
 Bien pudiera yo decirlo
 si á la voz le permitiese,
 que declarase el incendio
 de que mi pecho adolece,
 rezelando que Don Juan
 por otra dama me dexe;
 y hasta asegurarme bien
 de estas sospechas crueles,
 y de si es Doña Isabel
 mi enemiga la que viene
 con Don Juan, no he de mirarle,
 no he de hablarle, no he de verle. V.

Juan. Irritada va Leonor,
 seguirla mi amor resuelve,
 para templar sus enojos,
 para ablandar sus desdenes.
 ¿Qué dirías, Isabel,
 si esta mudanza supieses?
 ¿Pero qué digo? no es ella
 la que mudable, y aleve
 ayer con el forastero
 con disfraces indecentes,
 hablaba, ofendiendo fieramente
 mis finas ansias cortesas?
 Pues pruebe el mismo veneno,
 quando mirare impaciente,
 que pues me dexa por otro,
 que yo por otra la dexe. Vase.

*Sale Doña Isabel de muger como en la
 primera Jornada.*

Isab. Esto ha de ser, valor mio:
 á Felix he de dar muerte,
 en venganza de la injuria
 de sus hermanos alevos.
 Con mi propio traje vengo,
 porque mi saña no quiere
 valerse aquí de disfraces,
 para que sea patente
 mi venganza á todo el mundo,
 quando mi historia leyere.
 Morirá, viven los Cielos,

por mas que el amor intente
 suspender de mis rigores
 la inagotable corriente.
 Esta pasión de venganza
 ha de ser en mi perenne,
 sin que se cuente por ella
 lo que dicen vulgarmente,
 que en vano es querer venganzas,
 quando Amor pasiones vence.

Leon. ¿Qué de acasos en el mundo
 á todas horas suceden!
 dígalo yo, pues he andado
 tantos dias impaciente,
 á causa de averiguar
 quién aquella muger fuese,
 que pretendia matarnos,
 sin encontrar la mas leve
 noticia, y en este punto
 he sabido casualmente,
 que vive en esta posada,
 y que este quarto es su alvergue;
 y pues mi intento es matarla,
 ¿en qué el valor se detiene? *Sale.*
 Dios os guarde, noble dama,
 y decidme, si ser puede,
 (porque me importa) si sois
 Doña Isabel de Paredes.

Isab. Jamás oculté mi nombre:
 yo soy, decid, ¿qué se ofrece?

Leon. Dicha fué no equivocarme:
 ya el corazon se enfurece:
 decidme, ¿sois de Castilla?

Isab. Sí soy: decid brevemente.

Leon. ¿Conocisteis por acaso
 en algun tiempo, aunque breve,
 á Don Juan, y Don Alonso
 de Toledo y:- *Isab.* Suspende
 la voz, y no tus palabras
 sus viles nombres me acuerden,
 que puede ser que irritada
 en tí mi rencor se venga.

Leon. Para irritarte lo digo,
 que aunque pude fácilmente
 aquí quitarte la vida
 sin que defensa tuvieses,
 no consiente mi valor,
 que de ese modo lo intente:
 al punto saca la espada,

y mira si te defiendes,
que soy Leonor de Toledo.

Isab. No, pudiera sucederme
aunque le fuera á buscar,
acaso, que mas desee,
para vengar de una vez
los rencores, que me ofenden:
para matar á Don Felix
se disponia mi fuerte
brazo, y es fortuna mia,
que á tí primero te encuentre,
para que despues, Leonor,
nada por hacer me quede.

Leon. Mayores causas me asisten
para alegrarme, si atiendes,
que habiéndote yo encontrado
antes que con él tropieces,
á él le ahorro un peligro,
y á tí, que vayas á verle.

Isab. Las obras lo han de decir;
Leonor, las palabras cesen. *Riñ.*

Leon. Grande es tu valor sin duda.

Isab. Toda soy iras crueles:
¿que no acabe de matarte?

Leon. ¿No ves que en mi favor viene
la razon, que me apadrina?
¿cómo presumes vencermé?

Sale Don Felix, y Celio al paño.

Cel. Este es el quarto, señor,
donde la Serrana tiene
su alojamiento, aunque
está en trage diferente.

Fel. Con otra dama empeñada
esgrime el acero fuerte:
entrémos adentro, Celio,
que á su lado he de ponerme.
¡Pero qué veo! ¿mi hermana
no es aquella, que imprudente,
desesperada, y cólerica,
intenta darla la muerte?
fuerza será que lo impida
hasta saber qué la mueve.
Detente, hermosa Serrana,
y tú, vil Leonor, detente,
que mal intentas matar,
quando por que morir tienes;
y sepa de ambas la causa

de disgustos tan crueles.

Leon. A tus pies está mi vida,
hermano Felix, si quieres
vengar en ella el arrojó
que he cometido imprudente;
en dexar sin órden tuya
mi patria, casa, y parientes,
que ya no ha de ser la fuga
á la que mi miedo apele,
sino á la justa razon,
que me forma delinquiente:
delante está de los dos,
pues ésta que ves presente,
con quien esgrimo el acero,
es Isabel de Paredes,
la que mató mis hermanos,
y la que pretende aleve,
con brutal ira, y furor,
darnos á los dos la muerte.

Fel. ¿Qué es lo que escucho? ¡ay de mí!
Doña Isabel de Paredes *Ap.*
es la Serrana, que adoro:

¿qué haré en lance tan fuerte?

Isab. ¿Qué te suspende, Leonor,
para que de reñir dexes?
¿de qué te admiras, Don Felix,
que te elevas, y suspendes?
Yo vuestra enemiga soy,
Doña Isabel de Paredes,
que para matar á entrambos,
mudé trages diferentes:
con el nombre de Fadrique,
yo fuí quien sin conocerte,
en el monte te libró
de los ladrones valientes:
yo fuí la que de Serrana:
pero esto al silencio dexe,
pues sabiendo que eres Felix,
solo á mi rencor conviene
quitarte la misma vida,
que te he guardado imprudente.
A mi valor no le estorba,
que el acaso aquí os uniese,
pues en mi corage tengo
el socorro suficiente,
aunque esten á favor vuestro
aves, hombres, brutos, peces,
ayre, fuego, agua, tierra,

montes, mares, riscos, fuentes.
Mal me aliento, que al mirarle, *Ap.*

por mas que el rencor esfuerce,
está sin brio la espada,
y cobarde lo valiente;
pero no conozca en mí,

que puede Amor suspenderme.

Dí ¿qué aguardas, pues, Leonor?

Don Felix, ¿qué te detienes?
esgrimid vuestros aceros,
no indefensos os encuentre.

Cel. Sin duda alguna esta dama
de los demonios descende;
pero si es dama, ¿qué mucho
que así con ellos concuerde?

Leon. Aparta, Felix, que yo
sobre para darla muerte.

Fel. Detente, aguarda, Leonor;
Isabel, espera, tente,
déxame aquí discurrir

lo que executar conviene.

Ofendido, y obligado,
hoy, bella Isabel, me tienes;

pues si enojada, y cruel,
diste á mis hermanos muerte,

tambien me diste la vida
altiva, honrada, y valiente:

para que no la agradezca,
es muy corto inconveniente,

que obrase allí tu valor
sin saber por quién lo hiciese,

pues no he dexado por eso
de ser yo, (si bien se atiende)

quien recibió el beneficio;
y si yo ingrato te fuese,

que no cumpliera contigo,
me culparan dignamente.

Otra razon hay mayor,
que aun á aquesta la vence,

con ser tan grande, Isabel,
y es la del Amor, que quiere,

desde el punto que te vi,
y aun ántes de conocerte,

que muera de enamorado,
y no muera de rebelde.

Para que conste, y se sepa,
quando este caso se cuente,

en él mi pasión rendida

á merced de tus desdenes,

que en vano es querer venganzas,

quando Amor pasiones vence,

á tus pies está mi espada,

mátame, Isabel, si puedes,

á ver si encuentras en mí

la vida, que allá me tienes.

Isab. En vano pretendes, Felix,

con razones tan corteses,

que mi furor se suspenda,

que mi juramento quiebre

de vengar mi muerto esposo

en vuestras vidas alevés,

(y aun yo en vano lo intento,

pero mi saña se aliente)

y relevo la obligacion,

que de la vida me tienes,

que entónces no te daría,

si llegara á conocerte;

y así riñamos. *Fel.* No puedo.

Leon. Si á tí pueden detenerte

los motivos de tu amor,

para que de reñir dexes;

no á mí, Don Felix; y así

yo sola la daré muerte.

Isab. Llega, pues. *Riñen.*

Fel. Leonor, espera,

que á su lado he de ponerme.

Leon. ¡Tú contra mí!

Fel. Sí, Leonor,

para que se experimente,

aun quando media la sangre,

como en el caso presente,

que quando el Amor domina,

todas las pasiones vence.

Al lado de Isabel.

Cel. Dnelo como éste, imagino,

que no se ha visto otras veces.

Sale Don Juan.

Juan. En el quarto de Isabel

rumor de espadas se siente;

¿pero qué veo? ¿Leonor

no es la que matarla emprende?

¿y el forastero no es quien

de ella la libra valiente?

¿Pues qué espera mi valor,

que

que informarse no previene
de la causa que á los tres
obliga á enojo tan fuerte?
¿Qué es esto, Isabel hermosa,
quién ofenderos pretende?

Isab. Esto es haber encontrado,
Don Juan, á aquellos alevos
enemigos, que buscábamos;
y pues tú á mi lado debes
cumplir aquella promesa
de ayudarme á que me vengue,
¿á qué aguardas? Mal le irrita. *Ap.*

Juan. Contra Leonor ya no puede
vibrar mi valor la espada,
(Doña Isabel) pues la suerte
quiso, que al mirar sus ojos,
sin saber que suyos fuesen,
la rindiese mi albedrío.

Isab. ¿Tal pronunciaste, ó alevé,
adonde pudiese oírte?

Fel. No de esto, Isabel, te alteres,
pues reconociendo aquí,
que Don Juan es quien me ofende,
ya acompañándote altivo,
quando vengarte pretendes,
ya lidiándome en el monte,
porque á mi hermana no encuentre,
y finalmente teniendo
con él un duelo pendiente,
sin que cuente la osadía,
con que á mi hermana pretende,
es razon, que con matarle
tu ofensa, y las mias vengue:
muera, pues.

Leonor al lado de Don Juan.

Leon. Espera, Felix,
repara, mira, y advierte,
que si amante, agradecido,
contra mí propia te vuelves,
y sin ver que soy tu hermana,
á Doña Isabel defiendes,
teniendo iguales razones,
tambien he de defenderle.

Fel. ¿Qué dices, traidora hermana?
antes te daré la muerte.

Juan. De tí sabré defenderla,
aunque mi vida se arriesgue.

Al lado de Leonor.

Isab. Ya no puede mas mi amor, *Ap.*
pues su peligro me vence.

Al lado de Don Felix.

Detente, Don Juan, espera,
que si tú á Leonor defiendes,
es fuerza que yo tambien
(aunque mis venganzas dexé)
me ponga al lado de Felix.

Juan. ¿A tanto, Isabel, te atreves?

Isab. Si, Don Juan, pues considero,
que el hacerlo me conviene,
al ver que en ofensa mia
tú á otra dama defiendes;
y pues este lance prueba,
que el amor es el que vence
todas las demas pasiones,
aquí declarado quede,
que si domina Cupido,
todas su propio ser pierden,
sin que venganzas, é iras,
aunque presuman de suertes,
se exíman; pues conocemos
en este caso presente,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence;
y para que de una vez
hoy nuestros rencores cesen,
daré la mano á Don Felix:
tú, Don Juan, á Leonor puedes
dársela, y con esto cesa
el duelo, que está pendiente
entre Don Juan, y Don Felix.

Fel. Tu discrecion solamente
pudo ajustar tanto duelo:
tuya es el alma mil veces.

Da la mano á Isabel.

Juan. A mas no debe aspirar
quien logra lo que pretende:
tu esclavo seré, Leonor.

Leon. Tu afecto el premio merece.

Dale la mano.

Cel. Callando como un cochino
he estado mirando á ustedes,

y quando estaba esperando
sucedieran quatro muertes,
he visto que con dos bodas
me habeis quebrado los dientes,
para que al mirarme en blanco,
sin que una moza me quede
á quien pedirle la mano,
me ahorque, ó me desesperet:
pues no, no ha de ser así,
que aunque soltero me dexen,
me agarro de aquel proverbio

del Buey suelto, que aquí viene
de perilla; y pues no falta
sino decir dos mil veces,
que en vano es querer venganzas,
quando Amor pasiones vence,
vámonos á nuestras casas,
y venga lo que viniere.

Isab. Pues sea primero diciendo:
Todos. Que perdonen los oyentes
las faltas, que involuntarios
nuestros ingenios cometen.

Año de 1790.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á Barrio-Nuevo. Y asimismo un gran surtido de Comedias, y Tragedias nuevas: Comedias antiguas de todos los Autores Españoles; Autos Sacramentales, y al Nacimiento; Saynetes y Entremeses.